

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

«Desocupado lector: Si juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento fuera el más hermoso, el más gallardo, el más discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir el orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda comodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?»

De esta manera comienza Cervantes el prólogo de Don Quijote de la Mancha, una de las novelas más famosas de todos los tiempos.

Don Quijote, de quien las gentes sensatas decían que había enloquecido de tanto leer las absurdas aventuras en los libros de caballería, decide que ha llegado la hora de salir a arreglar el mundo. Cuatro días le toma encontrar un nombre adecuado para su caballo, Rocinante. Y ya con sus armas limpias, busca una dama de quien enamorarse y la rebautiza con el nombre digno de una reina: Dulcinea del Toboso.

Poco después, armado caballero por un ventero que sólo quería perderlo de vista, sale en busca de un escudero. Lo encuentra en la persona de Sancho Panza, a quien le promete convertirlo en un importante personaje y ambos parten desde la pequeña aldea de Montiel a recorrer mundo y «desfacer entuertos».

Poco puede el sentido común de Sancho Panza para convencer a su amo de que unos gigantes contra los que arremetió eran sólo molinos manchegos.

Sancho lo traslada a una venta para curar sus heridas, pero en la mente de Don Quijote las ventas pueden ser castillos, las ovejas y los odres de vino ejércitos enemigos.

Malparado una y otra vez, Don Quijote no se resigna a desistir de sus hazañas de caballero y llega a quedar fuera de la ley al intentar liberar a unos galeotes, que van encadenados y escoltados por guardias a cumplir su condena como remeros de las galeras del rey.

El pobre hidalgo se refugia en Sierra Morena y se entrega a la penitencia, a imitación de Amadís de Gaula.

El cura y el barbero de su pueblo, con la ayuda de Dorotea, que accede a fingir que es una princesa, consiguen que Don Quijote, enjaulado en una carreta, vuelva a la aldea.

Así termina la primera etapa de sus andanzas y la primera parte de la novela.